

fué intimar á Nariño que se arreglase al sistema representativo, y ordenarle que entregase quinientos fusiles para la defensa de las provincias del norte, previniéndole á la vez, que la villa de Leiva, abscripta á Cundinamarca, había sido declarada territorio federal por el congreso.

Nariño sometió la cuestión á una asamblea extraordinaria de corporaciones y notables padres de familia, de mil quinientas personas, la que resolvió confirmarlo en el poder, que no se obedeciesen las órdenes del congreso y que Cundinamarca no entrase en la confederación. El congreso contestó con una nueva intimación, emplazándolo para dentro del séptimo día, caso de no obedecer. Nariño replicó, haciendo responsable de las consecuencias al congreso. Éste lo declaró á su vez « usurpador y tirano de Cundinamarca ». En consecuencia, el presidente de la Unión fué autorizado para suprimir el gobierno dictatorial de Santa Fe, y restituir á la provincia su libertad. La guerra civil quedó declarada por una y otra parte. El congreso, que funcionaba en territorio enemigo, se trasladó á Tunja. Nariño, sin perder tiempo, se puso al frente de una columna de 1,500 hombres y marchó sobre Tunja. Derrotado completamente por las fuerzas federales, con la pérdida de diez piezas de artillería, replegóse á Bogotá, donde se fortificó. El ejército de la Unión mandado por Baraya, puso sitio á la ciudad, y se apoderó de algunas posiciones importantes de ella. Nariño ofreció capitular, con la condición de renunciar al mando, reconocer el congreso y poner á su disposición las armas, bajo la garantía de una amnistía general. Baraya desoyó estas moderadas proposiciones, exigió que se rindiera á discreción, entregándose á la clemencia del congreso, y dióle para decidirse el plazo de 24 horas. Ante tan duras condiciones, la opinión de Bogotá reaccionó, y entusiasmada por la actitud serena y resuelta del dictador, se apercibió á una defensa desesperada, á pesar de que sus fuerzas no alcanzaban á la mitad de las sitiadoras.

Baraya, que en el curso de esta campaña, mostró ser una nulidad militar, llevó un ataque desordenado á la plaza al frente de tres mil hombres, que fué rechazado, desbandándose el ejército de la Unión, que dejó en poder del vencedor, mil prisioneros, trescientos fusiles y veinte y siete cañones. Nariño no abusó de su triunfo. Limitóse á ajustar un convenio, en que salvando la autonomía de Cundinamarca bajo su presidencia, estipuló la paz recíproca, sin pactar nada respecto de organización nacional, que era el punto capital (30 de marzo de 1813). Coincidió esto con la llegada del mariscal de campo Francisco Montalvo, natural de la Habana, nombrado virrey en reemplazo de Pérez, que fué desconocido por los pueblos de Nueva Granada como su antecesor. El patriotismo enervado por la guerra civil se reanimó. Cundinamarca, que hasta entonces se regía por su constitución republicano-monárquica, anulada de hecho, declaró su independencia absoluta de la España (16 de julio de 1813), imitando el ejemplo dado antes por Cartagena. Antioquía hizo lo mismo. El país enarboló un nuevo pabellón nacional y acuñó su primera moneda en señal de soberanía.

X

En los tratados ajustados entre Cundinamarca y el congreso, Nariño había prometido reforzar las expediciones que debían marchar en auxilio de las provincias del sud y del norte, amenazadas por los realistas triunfantes en Quito y Venezuela, que ocupaban las fronteras. El estado de la Nueva Granada no podía ser más deplorable. La revolución, tan espontánea y llena de ideas y de bríos, se había mostrado orgánicamente débil, dando por único resultado negativo, una absoluta impotencia militar y una desorganización política. No tenía ejér-

cito ni gobierno; no se había preparado á la defensa, y ni de armas siquiera se había provisto. Todas sus fuerzas militares, se reducían á 300 hombres en Popayán, 500 en Tunja, 300 en Pamplona, 1,000 en Cartagena y otros tantos en Santa Fe, y estas mismas, dispersas, desorganizadas y en guerra entre sí algunas de ellas. Tampoco había aparecido un hombre capaz de dar dirección á los acontecimientos ó impulsar la acción revolucionaria (12). Lozano, la primera figura que apareció en su escena, con ideas conciliatorias, desapareció por su debilidad de carácter. Torices era un atolondrado de talento. Baraya como soldado, ya se ha visto que era una nulidad. Camilo Torres, noble carácter y clara inteligencia, era un hombre aferrado á sus ideas teóricas de federalismo que antepone á todos los principios. Nariño, el único que por sus cualidades y su influencia, pudo haberse hecho el árbitro de la situación contemporizando con la opinión declarada de los pueblos, era la antítesis de Torres en punto á centralismo, y el papel contradictorio que representó, muestra que tampoco era el hombre que reclamaban las circunstancias; empero, era el único hombre, y lo probó como va á verse.

Montes, después de dominar á Quito, dispuso que el general Sámano, á la cabeza de una expedición de 2,000 hombres organizada en Pasto, invadiese la Nueva Granada. Popayán fué ocupado por los realistas del sud, y dominado todo el valle del alto Cauca, amenazando ocupar la provincia de Antioquía (agosto 1813). Nariño, que hasta entonces se había mantenido en una inacción egoísta, después de su victoria, movido por un impulso de enérgico patriotismo, se ofreció

(12) Es un historiador neo-granadino el que lo corrobora: — « Ninguno de los gobernadores de las provincias ni de la confederación había desplegado talentos políticos ni militares. Tampoco se veían medias capitales y en grande ». Restrepo: « Hist. de la Revol. de Colombia », t. I, pág. 197.

á marchar en persona contra la invasión del sud con las tropas de Santa Fe, si el gobierno ponía á sus órdenes las de la Unión. El congreso aceptó su oferta y le proporcionó todos los auxilios necesarios al efecto. Nariño, sin innovar nada en el orden de la política nacional, abdicó la dictadura, y delegó el mando constitucional en su tío Manuel Bernardo Álvarez. Nombrado teniente general de la Unión, se puso en campaña en dirección al sud. Las primeras operaciones fueron felices. Reconquistó el valle de Cauca, su vanguardia batió la columna principal del enemigo mandada por el mismo Sámano, y el 31 de diciembre de 1813 entró á Popayán. Sámano reconcentró todas sus fuerzas, y se estableció en la hacienda de Calibío, á inmediaciones del Bajo Palacé. El general de la Unión, al frente de 1,800 hombres lo atacó en su posición por tres puntos. Empeñada la acción, y prolongándose por el espacio de tres horas, Nariño mandó á su infantería cargar á la bayoneta, y la victoria se decidió por los independientes. Los realistas dejaron en poder de sus contrarios, ochenta prisioneros y ocho piezas de artillería (13 de enero de 1814). Sámano se retiró á Pasto en fuga. Si Nariño hubiese sido un general experimentado con la inspiración de la guerra, y sabido aprovechar su victoria, habría podido dominar fácilmente á Pasto, y probablemente llegar triunfante hasta Quito. Desgraciadamente, se detuvo en Popayán más de dos meses. Este tiempo lo aprovecharon los enemigos para rehacerse.

El general Melchor Aymerich, reemplazó á Sámano en el mando, quien reorganizó activamente el ejército, preparándose á contener el avance de los independientes. Cuando Nariño reabrió su campaña al frente de 1,400 hombres, tuvo que abrirse paso por entre las guerrillas de Patía, que hostigaban día y noche sus flancos, y cortaron sus comunicaciones de retaguardia. Al llegar al Juanambú, encontró la margen opuesta fortificada en sus principales vados. Este río, que es la formidable barrera que defiende á Pasto por el norte, es

un torrente impetuoso que se precipita de la cordillera oriental en rumbo al occidente, y corre entre inaccesibles rocas escarpadas, arrastrando peñascos enormes. Raras veces da vado, y por lo general, sólo puede ser atravesado en puentes de taravitas (13). A estas dificultades de la naturaleza, agregó el general que las defendía, las del arte. Cerró con trincheras los principales vados y estableció en ellos fuertes baterías, distribuyendo convenientemente sus tropas para cubrir toda la línea. Nariño consiguió plantar una taravita diez y seis kilómetros más abajo del campo atrincherado, en un punto en que el camino era tan acantilado, que sólo 45 hombres pudieron treparlo durante la noche, haciendo escalas con los porta-fusiles. Descubiertos con las primeras luces del alba, se lanzaron sobre una batería y tomaron un cañón; pero atacados por fuerzas superiores, perecieron casi todos ellos. Al fin consiguió forzar uno de los vados, bajo la protección de una batería, asaltando la trinchera enemiga artillada, y establecerse con una división en la margen meridional del río. Aymerich acudió con sus reservas al punto atacado y se trabó la pelea. Los independientes fueron rechazados, y repasaron el Juanambú, con 50 heridos, dejando en el campo como 100 muertos y algunos prisioneros. A pesar de esta ventaja, Aymerich resolvió levantar su campo y se replegó hacia Pasto.

El ejército independiente atravesó libremente el Juanam-

(13) La taravita es una ingeniosa invención de los indígenas americanos, y de ellos la tomaron los españoles desde los primeros tiempos de la conquista. Consiste en tender dos lazos ó cables entre las márgenes de un río, que se atan en árboles ó peñascos. De ellos se suspende una especie de canasto ó saco de cuero, con capacidad para contener dos personas, el cual es movido por otros dos lazos que lo transportan de una á otra margen. Las bestias también se transportan por este mecanismo primitivo, suspendiéndolas por medio de una ancha cincha, como las que se usan en los buques para embarcar caballos. Las taravitas pueden tenderse sin ningún punto de apoyo intermedio, en espacios de cien metros de longitud.

bú por medio de taravitas, después de veinte días de demora, y adelantó sus marchas en busca del enemigo. Aymerich, al frente de 1.600 hombres, de los cuales 800 fusileros, lo esperaba en una fuerte posición llamada el cerro de las Cebollas ó de Chacapamba. Al avistarse ambos ejércitos, los soldados realistas gritaron: « Este no es Calibío ». — El primer ataque sobre la posición, fué rechazado. — El espíritu de los invasores desmayó, y muchos opinaban por la retirada. Sabiéndolo Nariño, reunió á sus oficiales en junta de guerra, y los persuadió, que el más seguro modo de perderse y de perder el honor era retirarse. El ataque inmediato quedó decidido. Los independientes se movieron en tres columnas, y protegidos por los fuegos de su artillería que batía la falda del cerro, treparon un tercio de la áspera cuesta. Á esta altura, los realistas que estaban cubiertos por un espeso bosque, rompieron un vivo fuego, que los asaltantes recibieron al descubierto. El combate se prolongó por espacio de cuatro horas. Los independientes empezaban á cejar. Dos compañías del Cauca habían vuelto la espalda y huían en desorden. Nariño las contuvo; les enrostró su cobardía, y espada en mano, las condujo de nuevo al fuego. Reanimados los patriotas con esta valerosa acción de su general, cargaron con ímpetu y arrebataron la posición (8 de mayo de 1814). Esta victoria fué caramamente comprada. Los independientes tuvieron más de 100 muertos, mientras que los realistas, que combatían emboscados, sólo perdieron 12 hombres.

Considerándose Aymerich perdido, emprendió su retirada hacia Quito. Los pastusos, resueltos á defender sus hogares, se negaron á seguirle, estimulados por sus mujeres, que cuchillo en mano, ofrecían sus vestidos femeninos á los cobardes que las abandonasen (14). Nariño, que pensaba entrar sin resis-

(14) Torrente: « Hist. de la Revol. Hisp. Americana ». t. II, pág. 58.

tencia á la ciudad de Pasto, se adelantó con la vanguardia, pero recibido en los arrabales á vivo fuego, fué rechazado y deshecho. Los dispersos llevaron al campamento la noticia de que todo estaba perdido y el general prisionero. Las tropas neo-granadinas, poseídas de pánico, clavaron sus cañones y se pusieron en precipitada retirada. De los 4,400 soldados que invadieron á Pasto, sólo llegaron 900 hombres á Popayán. — Nariño, al regresar fugitivo á su campamento con sólo trece hombres, se encontró sin ejército. Abandonado por sus últimos compañeros, vagó solo por algunos días en la montaña, alimentándose con frutas silvestres. Desesperado y hambriento, resolvió presentarse á sus enemigos, con el intento de ver si podía negociar un armisticio. Entregado á Aymerich, fué remitido engrillado por segunda vez á España.

XI

Mientras estos graves sucesos ocurrían en el sud, por la parte del norte y del occidente se desarrollaban otros que cambiarían la faz de la revolución, salvando por el momento á la Nueva Granada de una pérdida segura.

Queda explicado (§ VI, de este cap.) como terminara á fines de 1813 la primera guerra entre Cartagena y Santa Marta después de la catástrofe de Venezuela. Fué en este momento cuando reapareció Bolívar en la escena revolucionaria, y se diseñaron los primeros perfiles de su gran figura. Emigrado de la patria, después de permanecer algún tiempo en Curaçao, ofreció sus servicios al gobierno de Cartagena. Fué nombrado comandante de armas del distrito de Barrancas sobre el alto Magdalena, y resolvió por sí abrir una campaña contra los samarios que aún ocupaban la banda oriental del río obstruyendo su navegación. Aquí empezó á revelarse el genio emprende-

dor del futuro libertador sud-americano. Á la cabeza de una pequeña columna de milicianos, atacó la villa fortificada de Tenerife y obligó á su guarnición á evacuarla, apoderándose de su artillería y de la flotilla que la sostenía. En seguida reconquistó el importante pueblo de Mompox, en la margen occidental, situado en el punto en que el Cauca se derrama en el Magdalena. Labatut, que como superior de las armas de Cartagena, operaba al mismo tiempo en las bocas del Magdalena contra Santa Marta, según antes se relató, enclavado contra este intruso que se permitía triunfar sin órdenes, pidió que fuese sometido á juicio; pero sostenido por el dictador Torices, y reforzado con alguna tropa reglada y quince embarcaciones armadas en guerra, abrió una nueva campaña, remontando el río con una columna de 500 hombres. Sucesivamente se posesionó de Banco, batió á su guarnición en Chiriguaná, avanzó hasta Tamalaneque y Puerto-Real, y entró triunfante á Ocaña, en medio de las aclamaciones de la población (enero de 1813).

Santa Marta fué tratada por los cartageneros como país conquistado. Exasperados los samarios por la dominación de Cartagena, expulsaron á Labatut que los tiranizaba cruelmente, y en combinación con Río-Hacha, auxiliados desde Maracaibo y Portobelo, alzaron de nuevo el pendón del rey (marzo de 1813). Cartagena volvió á quedar flanqueada por el este y por el oeste. Eran dos cuñas metidas en la confederación neo-gradina, que neutralizaban las fuerzas de uno de sus más poderosos Estados. El dictador Torices lo comprendió así y preparó una expedición marítima, á cuyo frente se puso personalmente confiando el mando de las tropas de desembarco al coronel francés Luis Fernando Chatillón. La expedición cartagenera fué rechazada y vencida, dejando 400 muertos en el campo de batalla, entre ellos Chatillón, con pérdida de su artillería (11 de mayo de 1813). Torices con su escuadrilla, se retiró desalentado, y desde entonces se limitó á cubrir la

línea del Magdalena á la defensiva. Santa Marta quedó triunfante.

Antes de que este suceso se produjese, los realistas, dueños de Venezuela, que tan eficazmente cooperaron á la restauración de Santa Marta, habían proyectado reconquistar el virreinato de Santa Fe. Con este objeto, aglomeróse un ejército de 2,600 hombres en la provincia de Barinas, al mando del capitán de fragata Antonio Tizcar, con una división como de 1,000 hombres á cargo del coronel Ramón Correa en los valles de Cúcuta, amenazando á Pamplona, y 700 en el Guasdalito sobre el Arauca con el mismo objetivo sobre el otro flanco á la vez que el del Socorro y Tunga. Estas fuerzas habrían podido reconquistar fácilmente el virreinato de Santa Fe, en el estado de desorganización en que se encontró durante el año de 1812; pero permanecieron en la inacción y en esta actitud se mantenían cuando entró Bolívar á Ocaña. El futuro libertador había llegado al punto en que debía decidirse su destino en los comienzos y el final de su gloriosa carrera, y Santa Marta, como una nube negra en el horizonte, marcaba el sitio de su melancólica muerte.

Hallábase en la provincia limítrofe de Pamplona el coronel de la Unión Manuel del Castillo Rada, que á la sazón organizaba allí un cuerpo de tropas para oponerse á la invasión con que el coronel realista Correa amezaba á la Nueva Granada desde los valles de Cúcuta. Este jefe solicitó el auxilio de Bolívar á fin de cooperar á su empresa, y el gobierno de Cartagena le otorgó el permiso, poco antes de la derrota de su expedición contra Santa Marta.

XII

Bolívar concibió entonces el atrevido plan de reconquistar á Venezuela, y comunicó su idea al dictador Torices y al presidente de la Unión Camilo Torres. « La suerte de Nueva » Granada, les decía, está íntimamente ligada con la de Venezuela. Si Venezuela continúa en cadenas, Nueva Granada » las llevará también. La esclavitud es una gangrena, que » empieza por una parte, y si no se corta, se comunica al todo » y perece el cuerpo entero » (15). Simultáneamente, comisionó á su compañero y amigo el coronel José Félix Rivas, á fin de persuadir á Torres de la necesidad de su empresa, y para esforzar sus razones, puso desde luego en ejecución una parte de su plan. Con 400 hombres abrió la campaña, llevando los fusiles necesarios para armar un batallón que organizaba Castillo en Pamplona. Sin esperar este refuerzo, atravesó con celeridad el primer ramal de la cordillera oriental frente á Ocaña por un camino fragoso; sorprendió la primera gran guardia enemiga de 100 hombres en un desfiladero, que bien defendido habría detenido su avance; obligó á retirarse á un destacamento de 200 hombres que servía de reserva á la gran guardia, y desparramando la voz de que iba al frente de un poderoso ejército, cayó sobre el coronel Correa, á tiempo que le llegaban dos compañías de infantería del batallón de Pamplona. Bolívar, aunque con fuerzas inferiores, atravesó el caudaloso río Zulia, en una sola canoa, y resolvió atacar al enemigo. El jefe español se encontraba con 800 hombres en San

(15) Ofi. de Bolívar al dictador de Cartagena, Torices, y al presidente de la Unión neo-granadina, C. Torres, 1813. (« Docs. para la Hist. del Libertador », t. IV, pág. 539.)